X

RECTIFICO-RATIFICO

No quise, como decíamos ayer, que se riese el diablo de la mentira, y volví á nuestra Alhambra de la alimentación, por si encontraba rastros de lo que echaba de menos. Debo reconocer que algo había, aunque bien poco: hoy acerté con dos cristaleras, una de Salvador Balaguer, de Lérida, que presenta en tarros peras, hongos, guisantes, tomates y espárragos, y otra de Joaquín Llovera, que se ha traído peladillas, almíbares, almendrones, batata, naranja, casca, dulces secos. No sé si en el catálogo figurarán más expositores que estos dos únicos representantes de la fertilidad de nuestras huertas, vegas y planas, de tanta lozanía, de tanta bendición de Dios como cae sobre España en primavera para que la sazonen el verano y el otoño.

En la minuciosa requisa dí con unos embuti-

dos de Pamplona muy estropeados ya, dos ó tres muestras de harina, pimentón y pimiento molido de Murcia, y aunque no logré echarles la vista encima, dijéronme que existen dos muestras de garbanzos: de Villanueva de Avila y de Arévalo. ¡Olé! Tropecé con la sal, la sal legítima en tarros, y naturalmente, de Cádiz. Sal no nos falta aún, ¡qué caramba! No iba á faltar todo.

Descubrí también el chocolate, empeño no tan fácil como parecerá desde ahí, porque, si bien son cuatro los expositores, me aseguraron los vigilantes de la sección que sólo uno remitió verdadero... ¿pondré cacao? no lo pongo; allá el jurado lo decida; en fin, verdadera pasta, cuyos componentes no me toca analizar; y los demás enviaron—aparte de las muestras destinadas á que las cate el jurado—unas libras imitadas en madera, para la exhibición pública: procedimiento que me recordó cierto pavo de palo, muy rozagante, que solía figurar en el banquete de *Lucrecia Borgia,* en el teatro de Marineda.

Todo lo que hay de chocolates españoles se reduce á unas cuantas libras arrinconadas, sueltas y en desorden. Somos, sin embargo, según fama, la tierra clásica del chocolate. Yo creo que en este ramo, con algo de buena voluntad, hubiésemos quedado á considerable altura. Mis afirmaciones de ayer son exactas; cuando productos que constituyen gran riqueza se presentan así, es lo mismo ó peor que si no se hubiesen presentado. Hay que recordar el

vuelo, el perfeccionamiento, la importancia que esta industria de los chocolates va adquiriendo en otras naciones, y fijarse en la propaganda del célebre chocolatero Menier, que es una de las curiosidades de la Exposición.

En resumen, España sólo ha expuesto vinos y aceites, y aun en ese capítulo no está completo, ni medio completo siquiera, el cuadro, á pesar de que en él figuran desde la tradicional mistela hasta el flamante vinillo espumoso, imitación del de Francia. Y más que los huecos y agujeros que hacen una red de la sección alimenticia, nótase el vacío de la indiferencia, de la apatía, el profundo agujero donde lo dejamos caer todo para que se lo lleve el diablo.

Deseosa de alabar iniciativas, fuí á la bizcochería española—que así la nombran en los planos.—Pero, ¡ay! desde luego comprendí que aquel pabelloncito mudéjar, anexo á nuestra sección alimenticia, donde tan sabrosos bizcochos se fabrican á vista del consumidor, y donde mujeres tan solícitas y pulcras los despachan calientes y olorosos á millares, no era cosa de España. El dueño es un francés, que posee tres fábricas: una en París, otra en Burdeos, otra en Rentería; esta última tendrá por objeto inundar á España de bizcochos sin pagar derechos. ¿Por qué se ha acogido en París á nuestra sección este industrial? Creo adivinarlo. Nosotros hemos solicitado mucho terreno, tirando de largo, por costumbre, y aun después de construir la Alhambra, nos ha sobrado bastante. Para resarcirnos un poco, habremos

subarrendado, y como el terreno á España pertenece oficialmente, era forzoso que el bizcochero francés se colocase, según me dijo una de las expendedoras de bizcochos, bajo el pabellón español.

Anexo era también á la sección española el edificio en que se alojaban las aguas minerales y la electricidad. Este palacete, de no mala traza, que según noticias nos costó bastante dinero, que Francia nos indemnizará, quedó falseado por la ruptura de una cañería que inundó buen trecho del Campo de Marte, allá en los comienzos de la Exposición. Percances así ha habido algunos, y sería maravilla que faltasen, dada la premura del tiempo y la inmensidad de la obra. El pabellón, resentido, se apuntaló para que no acabase de desmoronarse, y el material se trasladó á otro edificio, por respetos á la clasificación sin duda, pues en la Alhambra hubiese cabido aun siendo diez veces mayor.

No sabiendo encontrar el refugio de las víctimas de la inundación y resuelta á no dejar de ver las aguas minerales, alquilé un sillón de ruedas y me hice conducir, no sin que el conductor se volviese tarumba preguntando, pues tampoco él estaba enterado de hacia dónde caía el asilo. Por fin acertamos y ví lo que España ha remitido á título de muestra de su riqueza minero-medicinal, la mayor acaso que existe en el mundo conocido, la más variada, la más portentosa. Sólo hay dos instalaciones un tanto lucidas, y la mejor, la importante, aun

después de haberla maltratado el agua, es, naturalmente, la de Mondariz. Donde pone mano el dueño de ese balneario adelantadísimo, colocado ya á igual altura que los del extranjero cuando están muy altos, y siempre en progreso, cada año más perfecto, se adivina lo que sería España, si fuesen patrimonio de todos los alientos y arranques de Peinador, y el afán de estudiar la vida europea para emularla y si es posible sobrepujarla. La instalación de Mondariz, de talla y adornada con pinturas alusivas, ofrece además un notable album de propaganda regalado,—ni más ni menos que se hace en la instalación de Carlsbad.

La otra instalación algo importante, si bien inferior á la de Mondariz, es la de Rubinat; y con Rubinat, Medina de Aragón y Montemayor de Cáceres, creo haber completado la lista de los expositores de aguas minerales españolas, por lo menos de los que exponen de manera que el público se entere. Y si hay productos que requieren exhibición, como las aguas minerales ninguno. Obsérvese en las secciones extranjeras si entienden esta verdad y practican esta máxima. Los balnearios alemanes presentan planos en relieve, dioramas, panoramas, fotografías á cientos, bibliografía médico-hidrológica, estadísticas, álbumes, retratos, itinerarios, mapas... y, sin embargo, son manantiales ya conocidos en el Universo. Nosotros, que poseemos un tesoro ignorado, fuentes de salud y de riqueza desconocidas, nos contentamos, si nos dignamos exponer, con enviar unas bote-

llas, y el rótulo y la explicación en castellano, para que lo entiendan los españoles, que castellano hablan, aunque no todos. ¿Se admirarán del mal humor que traigo después de recorrer las secciones españolas?

Obligada estoy á decir la verdad, y conozco que al decirla tal vez no logre sino crearme enemigos. El concepto vulgar pero general del patriotismo es que lo español debe alabarse incondicionalmenle y que no necesitamos ni estudiar, ni aprender, ni variar, ni dar un paso hacia adelante. Con estarnos quietos y enseñar á regañadientes la cienmillonésima parte de nuestra producción, no mejoraremos el concepto que de nosotros se haya formado después de recientes desventuras.

Y mientras nosotros guardamos la inmovilidad de la esfinge sobre la arena del desierto, otros se agitan, otros no pierden ripio. Que los yankis nos hayan quitado á Cuba, y ya exhiban por suyos los vegueros y los habanos, malo; que hayan hecho otro tanto con Puerto Rico, y envíen café y piñas, peor; que aplicando el procedimiento á Filipinas, puedan enviar abacá y sándalo, retepeor; pero que sin conquistar todavía la Península tengan aquí en su sección la naranja de Valencia, por nosotros omitida, lo mismo que tantas cosas..... eso sí que no acierto á calificarlo. Naranjas, pasas, almendras, higos secos—los frutos más españoles—los envían, producidos en su suelo, y admirablemente acondicionados, y con rótulo en que aparece el nombre español, los Estados Unidos.

Antes de continuar la ojeada á España y enterarme de cómo andamos en industria, guerra y marina y arte (tiemblo), descansaré, por si allí me aguardan nuevas decepciones. Dirán que me entretuve demasiado con los alimentos, sobre todo cuando de toda la sección no se saca para una comida, sino para una merienda á lo sumo, y desde luego, para una juerga con manzanilla y Málaga á pasto. Y es que esperaba encontrar allí lo mucho, lo exquisito que da nuestro suelo y madura nuestro sol y riegan con su sudor nuestras atrasadas pero laboriosas, infatigables clases agricultoras. Ha sido un desengaño. Más pronto se consigue ahí que un hombre se haga pedazos trabajando y se caiga muerto sobre el terruño, que persuadirle á remitir algo de lo cosechado para honra de su patria y esperanza de los que deseamos verla renacer.